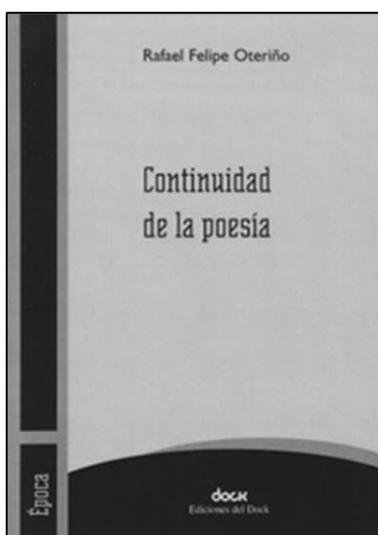


---

---

## SOBRE *CONTINUIDAD DE LA POESÍA*, DE RAFAEL FELIPE OTERIÑO

Felicitas Casillo  
Universidad Austral  
[fcasillo@austral.edu.ar](mailto:fcasillo@austral.edu.ar)



∞

*Continuidad de la poesía*, de Rafael Felipe Oteriño. Buenos Aires: Ediciones del Dock. 2020; 245 pp.; ISBN 978-987-559-416-6.

---

La obra sobre la que trata esta reseña podría describirse como el desarrollo de una concepción hermenéutica de la poesía. No solamente porque se refiere al proceso de lectura y escritura del poema, sino también porque concibe al género poético como un hacer interpretativo necesario para habitar el mundo.

Rafael Felipe Oteriño (La Plata, Argentina, 1945) es poeta y ensayista, miembro de la Academia Argentina de Letras, donde ocupa el sillón Carlos Guido y Spano, y Miembro Correspondiente de la Real Academia Española. Publicó doce obras de poesía, entre ellas, *Antología poética* (Fondo Nacional de las Artes, 1997), *Cármenes* (Vinciguerra, 2003), *En la mesa desnuda* (Al Margen, 2008), *Viento extranjero* (del Dock, 2014), *Eolo y otros poemas* (Brujas, 2016), *Y el mundo está ahí* (Libros del Zorzal, 2019), y los libros de ensayo *Una conversación infinita* (del Dock, 2016) y *Del*



*hablar en figuras* (Vinciguerra, 2017). Recibió el Premio del Fondo Nacional de las Artes (1966), el Premio Konex de Poesía (1989/93), el Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía (2009) y el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (2019), entre otras distinciones.

*Continuidad de la poesía* pertenece a la colección Época de Ediciones del Dock. La obra incluye cuatro secciones. La primera consiste en nueve ensayos acerca de diversas experiencias en torno al poema: las condiciones discursivas del contexto, la lectura, la escritura, la inspiración, la textura del poema, la tradición, entre otras. La segunda parte está integrada por cuatro ensayos más. Aparecen aquí temas como la globalización, lo local, la ciudad natal –aquí Oteriño se refiere a dos poetas platenses cuya obra ha investigado: Francisco López Merino y Roberto Themis Speroni–, y Edgard Bayley y el invencionalismo literario en Buenos Aires. En la tercera sección del libro se incluyen cuatro ensayos sobre autores: el primero sobre Jorge Luis Borges, otro acerca del peruano José Watanabe, un tercer ensayo sobre el polaco Czeslaw Milosz, un cuarto texto acerca de un coterráneo de Milosz, Zbigniew Herbert, y un quinto escrito sobre el ruso Joseph Brodsky. Finalmente, en la cuarta sección se encuentran dos entrevistas al autor: “La poesía es una experiencia trascendente”, realizada por Augusto Munaro, y “Crear una zona pacífica de resistencia”, realizada por Felicitas Casillo.

Uno de los aspectos a los que Oteriño regresa a lo largo de toda la obra es la búsqueda de una definición de poesía. Esta descripción es un movimiento que rodea al poema y dibuja su contorno al tiempo que lo extiende: “lo que el escritor hace con su silencio” (17); su principal función es “decir lo otro”, “lo refractario al discurso”, y, sin embargo, luego: “no podemos definir qué es poesía” (41). A la par, el autor se detiene en la condición del signo poético: “La poesía inaugura una realidad cuya finalidad no es práctica” (22). Y enumera sus notas principales: intensidad, concentración y velocidad, características que resume en una, “inevitabilidad”: la “eficacia” del poema radica en que “lo dicho no puede ser expresado de otro modo” (24). Más adelante: “la poesía promueve un encuentro particular con el lenguaje, distinto a cualquier otro vínculo que se pueda tener con las palabras” (83).

En relación al género, el autor se sitúa en la rica tradición de la lectura hermenéutica, que, en lugar de diseccionar el poema, prefiere concebirlo como el resultado de una “fe” en común entre autor y lector: “la poesía crea un espacio de fe” (106). El lector es quien hace que el poema se “realice”, “se vuelva real” (47), porque “leer no es otra cosa que traducir” (53). Y luego resume, extendiendo la metáfora espiritual: “se podría decir ‘resucitar’, ya que esto es lo que hace el lector: restituir las palabras a la vida del sentido” (54).

Particularmente punzante parece la reflexión de Oteriño acerca de la relación entre la palabra y las nuevas tecnologías de la comunicación. Lejos de una postura apocalíptica, el autor sí critica de forma rotunda el vértigo y la ausencia de silencio y de profundidad que a menudo acompañan las comunicaciones en la web. Contra ello, Oteriño opone la oportunidad de la lectura, un tiempo quieto y fructífero, y propone al poema como el sitio donde la palabra adquiere grosor y temperamento. Luego, son de gran solaz los párrafos dedicados a cómo elegir las lecturas. En el ensayo “Sobre el placer de leer” aconseja “formar familias de libros y abordar su lectura dentro de un cierto orden” (67), “y, sobre todo, no dejar pasar un solo día sin leer” (68).

El autor platense establece un nexo entre la poesía y otras expresiones, géneros o hasta otras condiciones epistemológicas: “La poesía produce un conocimiento distinto del aportado por la ciencia. [...] podríamos llamarlo descubrimiento. Es una experiencia que se cumple en el

corazón del autor que es revivida por el lector”, y luego: “vemos que las otras de artes y las variadas disciplinas de la comunicación beben de la poesía. La fotografía, el cine, la novela, el teatro, la publicidad, el diseño, los discursos políticos, la retórica de las ciencias [...], todos toman de la poesía sus rasgos esenciales en cuanto a la intensidad, concentración y velocidad” (112-3).

A través de las páginas es posible trazar el mapa de lecturas de Oteriño. Es esta una cartografía generosa, repleta de sitios a los cuales el autor regresa movido por el cariño y la admiración de toda una vida. Además de los ya mencionados expresamente en los títulos de los ensayos, se suceden alusiones a Charles Baudelaire, Paul Valéry, Guillaume Apollinaire, Stéphane Mallarmé, Arthur Rimbaud, Ezra Pound, Thomas S. Eliot, William B. Yeats, Seamus Heaney, Simone Weil, Robert Frost, Enrique Banchs, Leopoldo Lugones, Philip Larkin, Constantino Kavafis, Giuseppe Ungaretti, entre tantos otros. Oteriño ha cultivado la lectura de literaturas de diversa procedencia, y ese carácter universal de la expresión artística se aprecia en la propia obra del platense. Cabe destacarse un párrafo sobre quienes considera “nuestros mayores” y que resulta un rico programa de lecturas en la propia lengua: Oliverio Girondo, Juan L. Ortiz, Ricardo Molinari, Carlos Mastronardi, Jorge Luis Borges, Raúl González del Tuñón, Enrique Molina, Alberto Girri, Olga Orozco, Edgar Bayley, Rodolfo Juarroz, Manuel J. Castilla, Joaquín O. Gianuzzi, Leónidas Lamborghini, Juan Gelman, Amelia Biagioni, Francisco Madariaga, Alejandra Pizarnik, Horacio Castillo.

De estas muchas y valiosas referencias, esta reseña se demorará en dos: en primer lugar, el comentario sobre Jorge Luis Borges, y, en segundo orden, lo escrito sobre Czeslaw Milosz. Cuando se refiere a las razones sobre por qué escribir poesía, por ejemplo, recuerda la razón que él mismo le escuchó a Borges: “porque se ha oído una música y no se es músico para interpretarla” (98). Luego, halla en el poeta ciego revelaciones sobre la naturaleza de la poesía: “De modo tácito, Borges afirma que el escritor crea dispositivos verbales –los poemas– que emplazan una realidad de orden literario que se superpone al mundo y lo transforma” (38).

Al final, en la cuarta sección del libro, le dedica un ensayo: “Borges poeta”. Allí subraya su gravitación sobre la literatura de todo el mundo. “¿Qué representa Borges en la Argentina?”, se pregunta también, y responde: “Una estatura intelectual, ética y estética que nos fue dada. Algo así como un faro antropológico (la expresión es del poeta Joseph Brodsky)” (177). De este ensayo, son particularmente entrañables los recuerdos de un Oteriño joven junto al Borges mayor. “‘Borges, soy un poeta platense’, lo interpelo, y él me contesta: ‘Ah, caramba, yo también soy poeta...’” (179), recuerda acerca de un primer encuentro sobre la calle Florida de Buenos Aires. Luego, entre otros relatos, la memoria de la voz de Borges contando escalones en japonés, y la anécdota culinaria que lo revela casi ascético: para la cena, dijo Borges, bastaba arroz con manteca y agua de la canilla.

A Milosz, Oteriño le dedica el tercer ensayo de la tercera parte, y, antes, unas páginas de la primera sección, en “Escribir en los límites del lenguaje”. Allí incluye su traducción de la “Rue Descartes”, del poemario *Himno de la perla*, de 1982. Al poema del polaco le sigue una lectura interpretativa que merece formar parte de los programas de escritura y lectura más ambiciosos. Oteriño analiza el poema con el atrevimiento y la delicadeza de quien ha prolongado la lectura durante los años. Desarrolla tres planos de significación que alberga el poema: el referido al contexto histórico, en el París de entreguerras, una crítica a las ideologías y, de fondo, la reflexión espiritual del poeta. Luego, Oteriño analiza cómo cada verso opera en el conjunto del poema y cómo Milosz construye escenas que hilvana en relación a un mismo sentido de fondo. Así, el autor

guía al lector desde la estructura, por la textura y hasta el significado, y entonces comparte su propia interpretación.

Más adelante, como se dijo, el autor dedica un ensayo al polaco: “Milosz: un testimonio poético del siglo XX. La búsqueda de la realidad”. La anterior lectura, tan enérgica y asertiva, se explica en estas páginas. Milosz es uno de los autores favoritos de Oteriño y de esa complicidad nace la lectura como una travesía:

es uno de los poetas que me acompaña desde entonces, hasta el punto de haberme lanzado, años atrás, hasta la Vilna de su infancia y a la Cracovia de su vejez, con el solo fin de visitar sus iglesias de arquitectura barroca y pórticos góticos, observar sus cielos de “abundantes nubes blancas”, tocar la corteza escrita de sus bosques de abedules, conocer —en su dimensión natural— sus arroyos cercados por profusa vegetación en los que anidaban serpientes de agua, como la que refiere en el poema “Rue Descartes” (197).

*Continuidad de la poesía* continúa, valga esta redundancia, las líneas trabajadas en los anteriores ensayos del poeta platense y revela el juicio incansable a través de los años al que el autor sometió sus lecturas. Intelectual, ética y estética: estas categorías con las que Oteriño mide la grandeza borgeana parecen también criterios válidos para leer su propia obra.